



Cuadro de RAMÓN TUSQUETS.

## ¡OH, LA GLORIA!

Adiós, Antonia!  
—¡Adiós, Juan! Dios te dé buena suerte, pues de lo contrario no sé lo que va á ser de nosotros.  
—Ten confianza. ¡Adiós!

Y después de un estrecho abrazo, que puso término al diálogo de los esposos, ella quedó llorando en su gabinete y él se dirigió apresuradamente al teatro donde aquella noche se decidía su porvenir.

Juan era autor dramático de la clase de inéditos. Llevaba algunos años rodando por saloncillos y escenarios con una comedia en el bolsillo, sin que nadie, ni aún por curiosidad, se la hubiera querido leer, porque Juan tenía imprescindiblemente que sufrir ese calvario, que es el yunque donde el verdadero artista tiene que probar el temple de su alma.

Cierta día, un empresario, admirado de la constancia de aquel hombre que, con evangélica resignación, recorría aquel *via-crucis* sin desmayar un instante, decidió tenderle su manto protector, estrenándole aquella comedia en que Juan cifraba todas sus ilusiones de poeta y todas sus esperanzas como padre de familia que constantemente anda á bofetadas con las pesetas, y tiene, por tanto, que hacer prodigios de economía privada é inverosímiles equilibrios para resolver el arduo, intrincado y laberíntico problema de la diaria alimentación.

Al fin, se leyó la nueva obra á la compañía, ceremonia perfectamente inútil, pero impuesta por la rutina desde tiempo inmemorial. Los artistas soportaron los tres actos de maña gana y, aunque no se enteraron de nada, al final, y en las propias barbas del autor, dijeron que aquéllo era una *lata insoportable*. Durante la lectura, el primer galán pellizcaba á una meritoria, que, por hacer méritos, permitía tales libertades; la primera dama dormía como una bienaventurada; el *barba* se devanaba los sesos descifrando la charada del *Heraldo* de la noche anterior, y el segun-



Acuarelas de RAMÓN TUSQUETS. (Roma).

do galán dirigía miradas tiernas á la característica, una jamona aún en buen uso, que tenía cada año un sobrino de procedencia ignorada.

Sin embargo de la opinión que á todos mereciera *El árbol caído* (que así se titulaba la comedia), ésta se ensayó, de *mandanga*, por supuesto, sin que se pudiese conseguir que los actores estudiaran sus papeles, ni que marcaran los tipos; pues, aferrados á su primitiva creencia, aquéllo no podía gustar, porque era un *bululú*, no faltando alguno de los más resueltos que se acercase al empresario para aconsejarle que no debía estrenarse aquella obra, porque á todas luces se veía que el fracaso era seguro.

Pero el empresario, sin atender tales insinuaciones, dispuso que continuasen los ensayos, y, al fin, llegó el día del estreno.

\* \*

Como las voces que circulaban en el teatro, respecto de *El árbol caído*, trascendieron á esa parte del público que por sus aficiones, ú otras causas, siempre está al tanto de lo que sucede entre bastidores, el estreno de la nueva comedia no llegó á despertar interés alguno.

Todos estaban persuadidos de que aquéllo era un *buñuelo* como tantos otros que se estrenan, ya por la presión de la influencia, ya por las debilidades de un empresario ó de un actor que se arriesgan á echar á volar un autor de la clase de novatos.

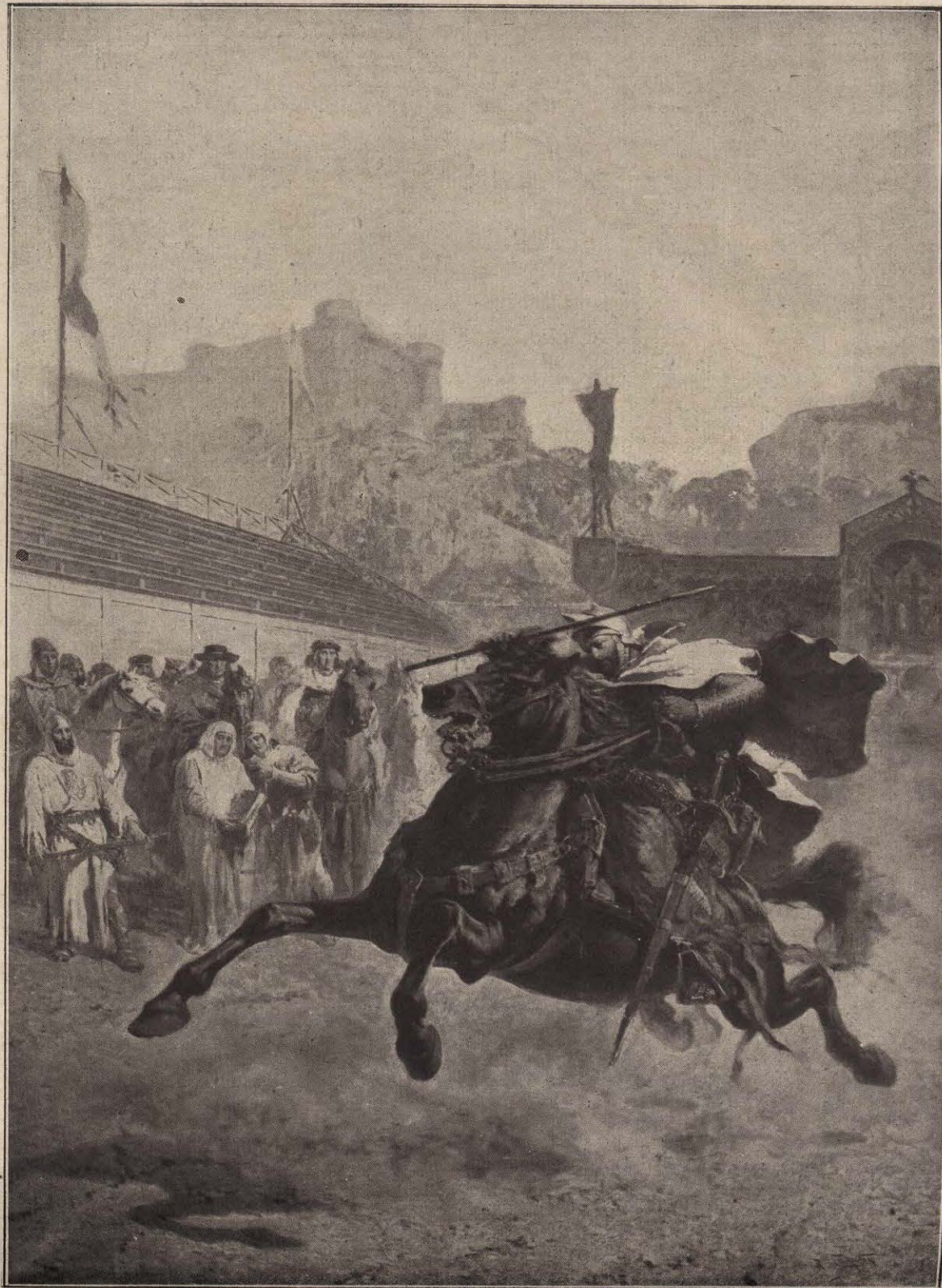
Los críticos de mayor circulación, en vez de ir al estreno de *El árbol caído*, se fueron al «Japonés», donde aquella noche debutaba, con la canción del *Mosquito celestial*, la *bella Tomasa*, mandando en su lugar á sus respectivos banderilleros, con instrucciones precisas y terminantes para que diesen cuenta del estreno en esta forma: «La comedia estrenada anoche en el teatro de... no fué del agrado del público. Estaba previsto.»

No obstante la atmósfera que en contra de la nueva obra habían hecho todos, á la hora de empezar la función el teatro estaba lleno de bote en bote, tal vez por esa curiosidad que siempre despierta toda primera representación, ó quizá porque á ese público, casi siempre el mismo, que asiste á ella, le había dado en la nariz que iba á haber *hule*, según se dice en el pintoresco argot de bastidores.

RAMÓN TUSQUETS

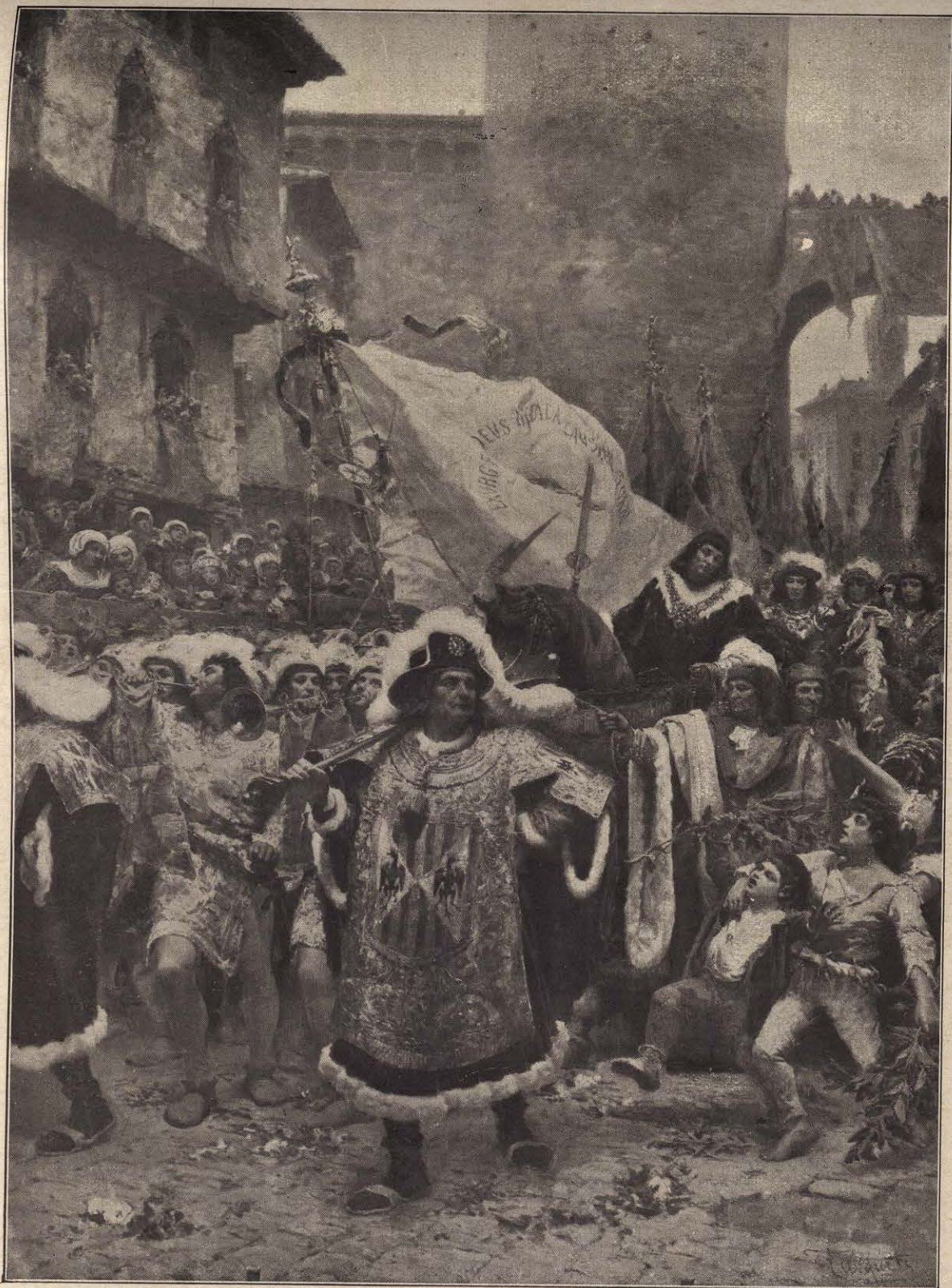


EMBARQUE DEL REY DON JAIME I PARA LA CONQUISTA DE MALLORCA.

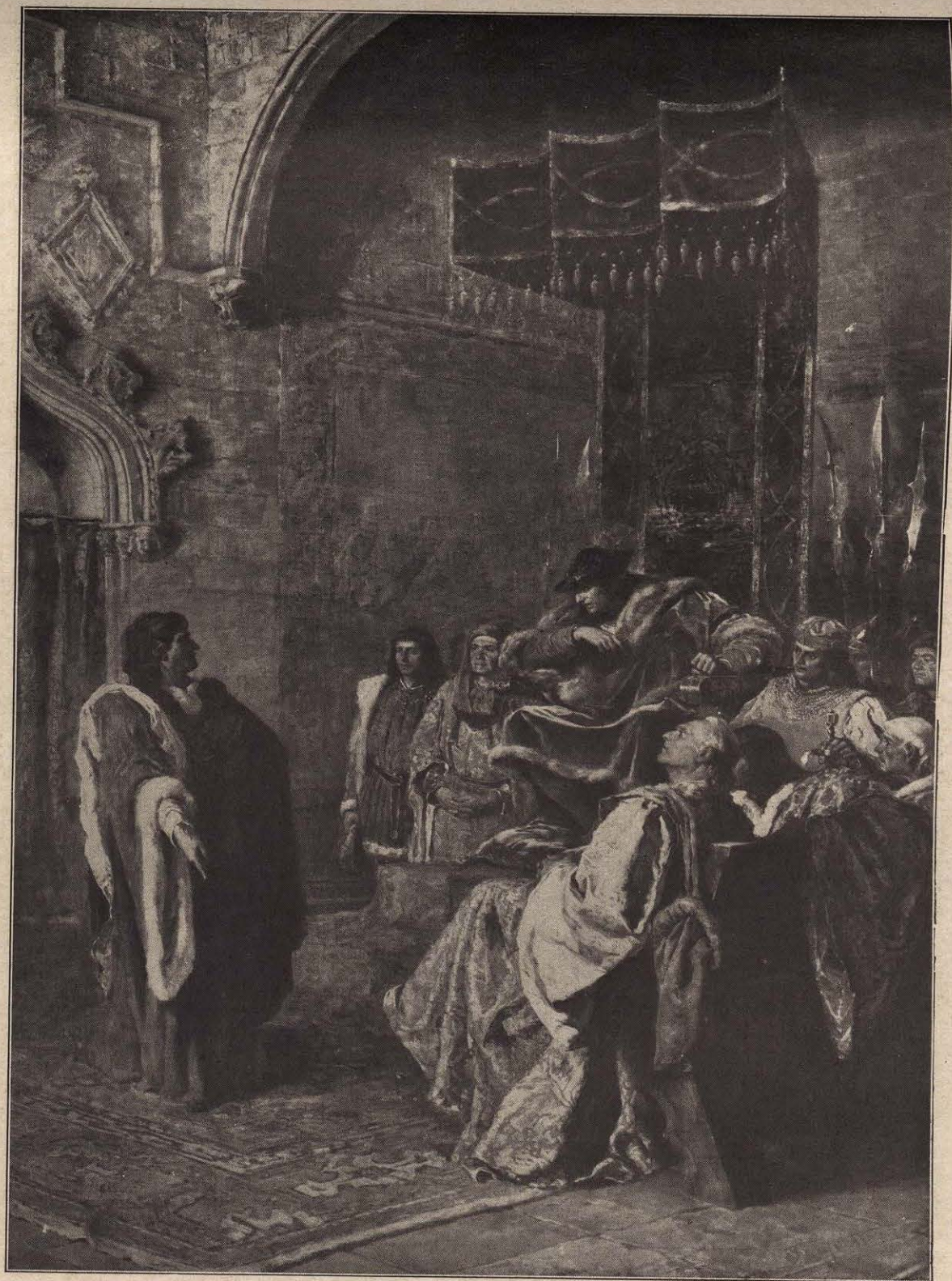


PEDRO EL GRANDE EN LA LIZA DE BURDEOS.

RAMÓN TUSQUETS



PROCLAMACIÓN DEL PRÍNCIPE DE VIANA COMO LUGARTENIENTE DE CATALUÑA.



EL CONCELLER FIVALLER QUERELLÁNDOSE ANTE EL REY DON FERNANDO I.